

Los últimos de Filipinas

José Antonio MARRERO CABRERA*

La «resolución conjunta», aprobada el 18 de abril de 1898 por la Cámara de Representantes y el Senado de los Estados Unidos, es virtualmente una declaración de guerra a España.

El conflicto se extendió también al Pacífico donde se había producido una insurrección indígena contra España en las islas Filipinas. Los Generales Primo de Rivera y Polavieja sólo consiguieron una pacificación momentánea.

La escuadra española, formada por viejos barcos de madera, nada podía hacer frente a los modernos acorazados americanos. Por eso fue vencido el Almirante Montojo en Cavite (Filipinas) y el Almirante Cervera en Santiago de Cuba.

El viejo imperio español desaparecía al mismo tiempo que su poderío marítimo. España tuvo que aceptar el Tratado de París, que liquidaba el Imperio Colonial: Cuba conseguía su independencia, mientras que las islas Filipinas y Puerto Rico quedaban bajo la dependencia de los Estados Unidos. Sin embargo diez meses después aún se mantenía la bandera de España en el pueblo de Balser.

En la destrozada ermita seguía resistiendo un puñado de héroes que no podía creer en el fin de la soberanía española; eran los últimos del imperio colonial, los últimos de Filipinas.

EL SITIO DE BALER

Calor, siempre calor, calor húmedo que empapa en sudor los cuerpos ya maltrechos por la disentería y el beri-beri. Calor agobiante, como una bocana-

da de fuego, como vaharadas de bruma tórrida que confunden en una línea sin fin la selva lujuriente y las trincheras enemigas.

Una y otra vez, el centinela del campanario se pasa el dorso de la mano por los ojos como si así lograra ver con mayor claridad algún posible movimiento de los tagalos. Es un tirador de primera. Él y la media docena de soldados que el Teniente Martín Cerezo tiene apostados en los sitios estratégicos de la improvisada «fortaleza».

Son sus mejores tiradores y a la vez su única defensa contra la artillería de los sitiadores. Porque gracias a su vigilancia implacable y a la casi infalible puntería de estos hombres, se ha logrado silenciar la moderna pieza de artillería con que los insurrectos filipinos amenazaban reducir a escombros la pequeña iglesia de Baler.

Para hacer fuego era preciso descubrir parte del «camuflaje» que oculta el cañón y en este momento cualquier artillero tagalo que se le acerque cae abatido por los certeros disparos de los vigilantes centinelas españoles.

KATIPUNAN, NO; MABUTI TAO ¹

«Van ustedes a un pueblo donde al ¡quién vive! de los centinelas responden: ¡KATIPUNAN!; procuren atraerse a los naturales llamándolos con buenas maneras y diciéndoles: hombre, Katipunan, no: Mabuti tao. Aquello no es muy bueno; pero en fin, sólo van ustedes por dos meses»².

Las palabras que ya hacía mas de un año pronunciara en Manila el primer Jefe del segundo de Cazadores, resonaban en los oídos del Teniente Martín Cerezo como una amarga ironía. Lo que había comenzado como un simple relevo se había convertido a los pocos meses en un asedio en toda regla.

El 12 de febrero de 1898, el destacamento de 50 hombres al mando de los Tenientes Alonso y Martín Cerezo sustituían a la maltrecha compañía del Comandante Roldán.

Baler, un poblado de apenas 2.000 almas, era la cabecera del distrito del Príncipe, al ¿sudoeste? de la isla de Luzón. Separado de la playa por el río Dungán y la espesura de la selva que a la vez impedía controlar los movimientos enemigos, cualquier intento de socorrer a los sitiados por mar obligaba a un fortísimo desembarco so pena d sufrir un grave descalabro.

Al frente, la selva, espesa, profunda, inextricable, que obligaba en tiempos

¹ Katipunan: Secta secreta, etc.

Katipunan no, buen hombre (Katipunan, no; mabuti tao).

² *El Sitio de Baler*. Saturnino MARTÍN CEREZO, p. 34, cap. I.

de paz a marchas de increíble fatiga por las fragosidades de la sierra y los rápidos ríos difícilmente vadeables.

Baler, era por tanto, como una temida, y temible, ratonera. Una trampa donde un destacamento español ofrecía tenazmente una resistencia casi imposible contra un enemigo continuamente renovado. Los millares de filipinos que en su lucha por la independencia no podían tolerar la provocación de una bandera española ondeando orgullosa, apoyada por el coraje y la fe de un puñado de «Castilas»³.

¡PATAY CASTILA! ¡PATAY CASTILA! ⁴

Desde las sólidas paredes de la iglesia, bien fortificada por los valientes cazadores, los ojos del Teniente Martín escudriñan en toda su extensión la trinchera enemiga que les rodea como una apretada tenaza.

«Como todas las poblaciones de Filipinas, de vida puramente rural y escaso número de habitantes, Baler, reducíase a la iglesia rectoral de fuertes muros, sólidamente cimentados; alguna casa de tablas y argamasa, para residencia de su primera autoridad, cuartel o tribunal, y alrededor, entre las frondosidades propias del clima, formando calles rectas, pero no calles como en las urbes europeas, sino como las que allá en una selva pudiera trazar el hacha leñadora, sus correspondientes viviendas de caña y nipa, puestas o construidas de trecho en trecho, diseminadas, peor o mejor hechas»⁵.

Por eso, desde el primer momento de la rebelión, el destacamento español hubo de encerrarse en la iglesia para su mejor defensa. Y su defensa hubiera sido poco menos que imposible sin los actos de valor de los soldados Chamizo, Castellanos y Catalán.

A pecho descubierto, con latas de petróleo y teas encendidas habían cruzado las líneas enemigas para incendiar los bahays fortificados más próximos a la plaza.

Ahora, entre la iglesia y las trincheras, obligadas a retroceder a una distancia prudencial, un bosquecillo de naranjos y una frondosísima parcela de verdor, ofrecían sus frutos a los sitiados como una irresistible tentación. Porque en el interior de la posición la vida era ya una auténtica pesadilla. Las escasas existencias de una harina fermentada y pútrida, y unas legumbres que no eran sino un hervidero de gusanos, habían llegado a su fin.

³ Castilla: Español.

⁴ ¡Patay Castilla!: ¡Muerte al español!

⁵ *El Sitio de Baler*, p. 19.

Para alimentarse era necesario preparar el palay⁶ con un penosísimo esfuerzo y unas latas de sardinas en tal estado de putrefacción, que era preciso repartir varias a cada soldado para que encontraran alguna que se pudiera comer. Por eso, la disentería y el implacable beri-beri habían causado ya más bajas a la guarnición que el fuego de los tagalos.

El Capitán Las Morenas, el Teniente Alonso, Fray Cándido Carrillo y una tercera parte de los valientes cazadores enaltecían ya con sus cuerpos el cementerio improvisado de Baler. Y la única salvación para los restantes fue la salida del Cabo Olivares que, con sus hombres, bajo el fuego enemigo, realizó una verdadera recolección de naranjas, calabazas y verduras de todas clases que fueron el único alimento fresco consumido en Baler durante casi un año.

Nada había ya que permitiera mantener la resistencia del puñado de héroes que sin embargo aguantaba en aquel baluarte inverosímil, más allá de todos los límites.

¡CASTILAS, QUE NO SOMOS MANÓS!⁷

—¡Altar!

La voz del Cabo Olivares al hacer de noche la ronda de los puestos de vigilancia era apenas algo más que un susurro.

—¡Sssi!

Un tenue siseo era la contestación del centinela.

—¡Derecha!

Un ligero carraspeo fue la contestación para evitar que por las voces, el enemigo localizara los puestos.

—A sus órdenes, mi teniente. Hay un ruido sospechoso en el corral.

Inmediatamente el Teniente Martín acompañó al cabo al puesto del centinela.

—¿Estás seguro de que no es algún animal, Chamizo?

El centinela responde en voz muy queda y seguro de sí.

—No, mi teniente, porque cuando algún animal mueve las latas que tenemos ahí para que den la alarma sigue corriendo mientras que los insurrectos se detienen al oír el ruido.

El Teniente Martín asiente con un gesto.

—Está bien, tú sigue vigilando. Les prepararemos una sorpresa para cuando amanezca.

El plan de defensa quedó preparado con todo detalle.

⁶ Palay: Arroz sin descascarillar.

⁷ Manós: Gallos.

Y al amanecer, el grupo de tagalos que durante la noche había logrado infiltrarse hasta los muros de la iglesia observó estupefacto las pértigas de bambú que hacían oscilar unos bidones muy pesados sobre sus cabezas.

La voz del teniente sonó como un trueno.

—¡Ahora!

Y las latas volcaron su contenido de agua hirviendo sobre las espaldas enemigas.

—¡Castilas, que no somos manós! ¡No nos peléis!

Pero a pesar de las frases de broma, pronto el dolor obligó a huir entre espantosos gritos a los asaltantes.

—¡Disparad! ¡Fuego a discreción!

Tan sólo dos insurrectos lograron volver a sus líneas, los demás cayeron bajo los certeros disparos de los españoles. Inmediatamente las trincheras filipinas parecieron hervir por la furia de sus disparos mientras una tempestad de plomo y de hierro se abatía sobre los muros de la iglesia. Estaba claro que por la fuerza sería imposible reducir a aquel puñado de héroes.

EL ÚLTIMO PARLAMENTO

Un toque de atención desde las líneas enemigas hizo acudir al Teniente Martín sobre el parapeto.

Era la llamada convenida para parlamentar, pero esta vez estaba ocurriendo algo nuevo. No se trataba del habitual lienzo blanco, ni de la bandera norteamericana como después del desastre del Yorktown⁸ sino de la bandera española que llevaba en sus manos un oficial de Estado Mayor.

Se trataba en realidad del Teniente Coronel Aguilar, pero en tantas ocasiones se había intentado engañar a los sitiados que el Teniente Martín después de rechazar su oferta de abandonar Baler le despidió con estas palabras:

«¿Y es razón —contesté para terminar— le parece a usted bien, que dejemos entrar aquí a los insurrectos para que nos degüellen? Ellos me han atacado y siguen atacándome; yo por mi parte me limito a defenderme. Si está hecha la paz, que den el ejemplo ellos retirándose los primeros. Diga usted al general que tengo aún comida, para tres meses (la víspera se me había concluido el arroz y no me quedaban más que unas latas de sardinas); si transcurridos éstos no ha venido algún buque de guerra o fuerzas españolas en busca de nosotros, me iré a presentar en Manila con la tropa que pueda salvar, y tarde lo que tarde, por los rodeos a que me vea precisado»⁹.

⁸ Barco americano que después de la guerra americano-española trató de socorrerlos.

⁹ *Sitio de Baler*, p. 183.

UNA NOTICIA DEL «IMPARCIAL»

Una y otra vez el Teniente Martín y el Doctor Vigil, el médico del destacamento, leyeron y releeron los periódicos que les dejaran en el último parlamento. En ellos se relataba la derrota de la escuadra española en la bahía de Manila, la pérdida de las Filipinas, la pérdida de Cuba... aquello suponía el fin del imperio colonial español. Estaban maravillados de la perfección con que habían falsificado los filipinos aquellos números de «El Imparcial», la semejanza tipográfica, el mismo tamaño y la semejanza de papel, etc.

Mientras, se llevaban a cabo los últimos preparativos para intentar una salida a la desesperada. Se descolgaron las lámparas de la iglesia para utilizar las gruesas cuerdas como puentes improvisados para cruzar los ríos. Se destruían los fusiles de los muertos. Se improvisaban parihuelas para los enfermos graves. Todo el destacamento bullía en una febril excitación, como si nadie quisiera darse cuenta que el llegar a la selva, sólo supondría prolongar la terrible agonía de una muerte lenta.

De repente las manos del teniente Martín se estremecieron en un convulso temblor.

—¡No es posible, Dios mío! ¡No es posible! ¡No puede ser verdad!

Y casi estrujándolo en sus manos enseñó el periódico al Doctor Vigil.

Se trataba de una noticia absolutamente sencilla e inocua pero que iba a tener una importancia excepcional.

«El Teniente Don Francisco Díaz Navarro pasaba destinado a Málaga.»

Pero aquel teniente era amigo de Martín Cerezo y él sabía que su compañero pensaba solicitar aquel destino. Eso no lo podían inventar los filipinos. Así pues aquellos periódicos eran españoles y lo que decían, absolutamente cierto. España había perdido sus colonias y aquel pedazo de tierra que estaban defendiendo ya no era suyo. No había razón para mantener aquella resistencia desesperada.

Era el 2 de junio de 1899. Desde hacía diez meses la única soberanía española de Filipinas era la pobre iglesia de Baler donde aún seguía flameando la bandera de España.

LA HIDALGUÍA DE EMILIO AGUINALDO

Tal fue el asombro y la admiración que el mundo entero tributó a aquella extraordinaria gesta, que Emilio Aguinaldo, el jefe de la sublevación tagala y primer Presidente de la República filipina, dictó el siguiente decreto en honor de los Héroes de Baler:

«Habiéndose hecho acreedoras a la admiración del mundo las fuerzas españolas que guarnecían el destacamento de Baler, por el valor, constancia y heroísmo con que aquel puñado de hombres aislados y sin esperanzas de auxilio alguno ha defendido su bandera por espacio de un año, realizando una epopeya tan gloriosa y tan propia del legendario valor de los hijos del Cid y de Pelayo, rindiendo culto a las virtudes militares e interpretando los sentimientos del Ejército de esta República que bizarramente les ha combatido, a propuesta de mi secretario de Guerra y de acuerdo con mi Consejo de Gobierno, vengo a disponer lo siguiente: Los individuos de que se componen las expresadas fuerzas no serán considerados como prisioneros, sino por el contrario, como amigos y en su consecuencia se les proveerá por la Capitanía General de los pases necesarios para que puedan regresar a su país. Dado en Tarlac, a 30 de junio de 1899. El Presidente de la República, Emilio Aguinaldo. El Secretario de Guerra, Ambrosio Flores.»

POST-SCRIPTUM ¹⁰

El *Heraldo de Madrid*, con fecha 5 de octubre de 1900, publica el siguiente artículo que bien puede cerrar como un broche de oro tan dolorosa época de nuestra Historia.

«HERALDO DE MADRID 5-10-1900

LOS NORTEAMERICANOS EN BALER.—UN RECUERDO

«Un telegrama de Filipinas da cuenta de que las fuerzas norteamericanas destacadas en Baler se han rendido a los insurrectos.

»La rendición de esas fuerzas en el mismo sitio donde un pobre destacamento español, sin municiones, sin víveres, sin esperanza de auxilio, contuvo a una enorme masa de enemigos durante muchos meses, es un contraste consolador para España.

»La abnegación espartana de aquel puñado de héroes, casi desnudos, hambrientos, pero indomables, imponiendo terror y respeto a fuerzas cien veces mayores, escribiendo en la historia de la patria una de las páginas más admirables, resulta ahora doblemente grande, doblemente hermosa. Baler está consagrado por la sangre de mártires y de héroes, y hazañas como aquélla no se repiten, no puede ostentarlas nación alguna; la orgullosa Norteamérica podrá tener riquezas inmensas, posesiones dilatadas; pero un sitio de Baler no lo tiene, no lo tendrá nunca.

¹⁰ 100 *Historias de España*, vol IV, cap. XX. Juan Antonio Marrero Cabrera.

»Tras largos meses de ensañada lucha; de resistir las inclemencias y angustias de la fiebre del hambre; de rechazar vigorosos y terribles ataques, el destacamento español salió de Baler a banderas desplegadas, victorioso, invencible. Era un destacamento de agonizantes, de rostros cadavéricos, de cuerpos devorados por la calentura.

»Pero debajo de aquellos uniformes rotos, en aquellos pechos que temblaban con el frío febril, el corazón de la patria latía formidable y entero, capaz, como siempre, de producir asombro al mundo con su valor supremo.

»No han arrebatado tierras y sangre; justo es que este recuerdo, avivado por la rendición del Baler norteamericano, nos haga volver los ojos, llenos aún con el llanto de la derrota, hacia aquellos hijos que realizaron allí tan bizarra defensa.

»Eso no podrán arrebatárselo nunca a España; podrá caer en la desventura, pero sus sitios de Baler la han impuesto y la impondrán en el respeto del mundo.»